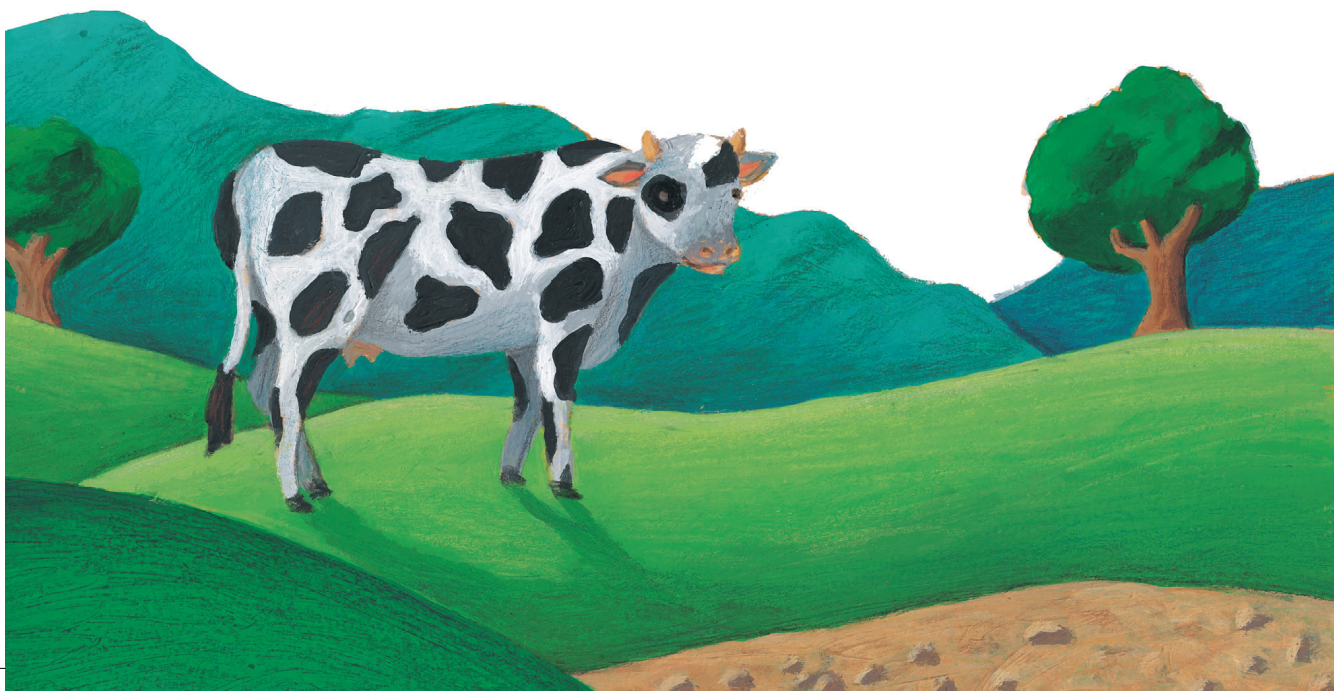






La casa vieja







En un principio, cien o doscientos años antes,
la casa estaba sola.
Sola en medio de un precioso valle.





La ciudad parecía irse desperezando a lo lejos, muy a lo lejos. Sus habitantes, cuando querían pasar un día de descanso, iban por los alrededores de aquella casa, al campo. Rodeándola, había jardines, bosques, un riachuelo y la lucha de la madre naturaleza por vivificar la vida misma.

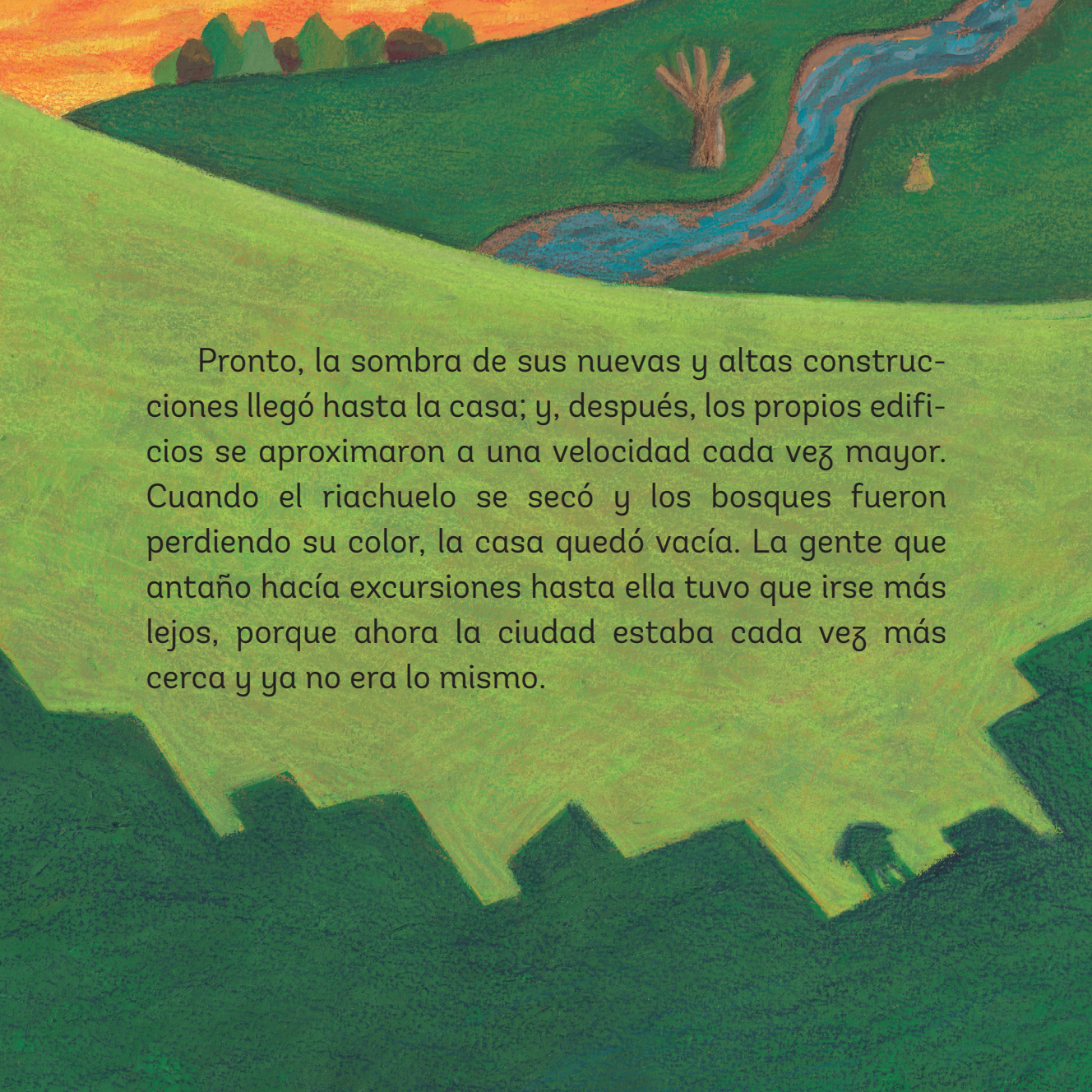
Ciertamente, se trataba de un hermoso lugar, y la casa era el centro del mismo. Todos la miraban con orgullo. Tras sus gruesos muros, hombres y mujeres se protegían del calor o del frío, y los niños sabían siempre que, dentro, alguien estaba dispuesto a darles un poco de agua de su profundo y legendario pozo. Una larga historia se acumulaba en aquel entorno.

Era una casa especial.

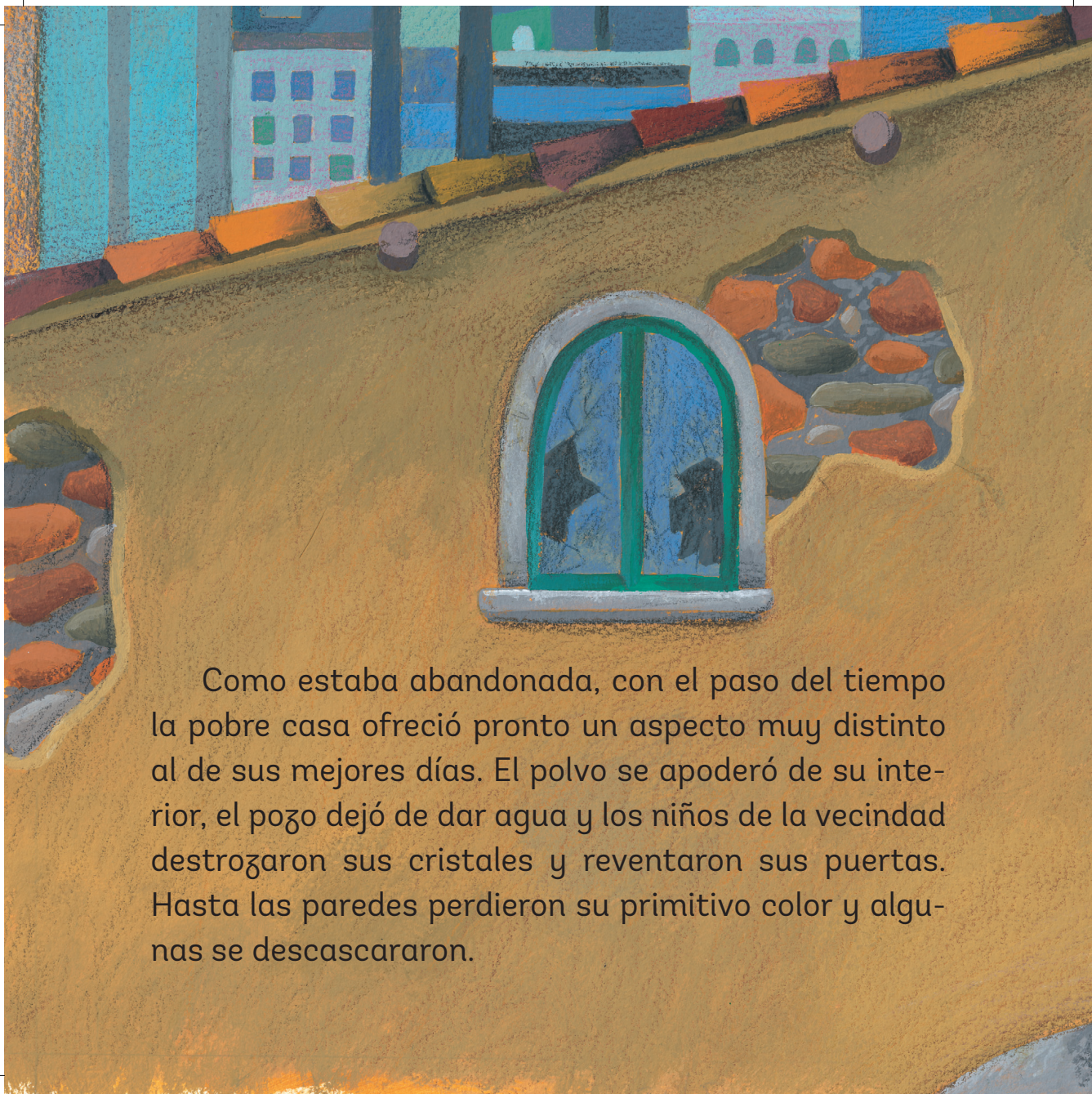
Claro que fue mucho tiempo atrás.

Luego, la ciudad se hizo más y más grande, se expandió, se extendió lo mismo que una mancha de aceite.

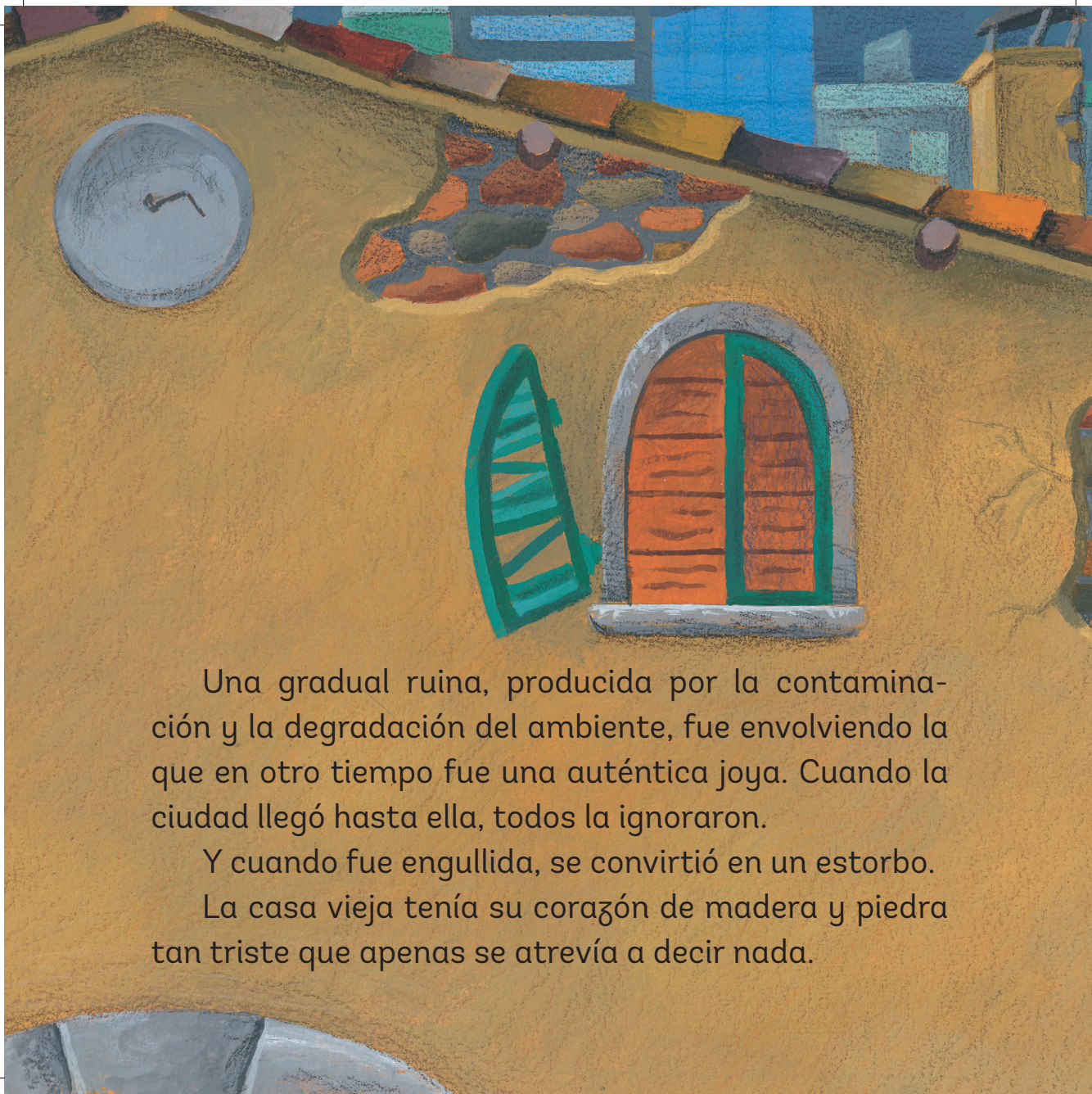




Pronto, la sombra de sus nuevas y altas construcciones llegó hasta la casa; y, después, los propios edificios se aproximaron a una velocidad cada vez mayor. Cuando el riachuelo se secó y los bosques fueron perdiendo su color, la casa quedó vacía. La gente que antaño hacía excursiones hasta ella tuvo que irse más lejos, porque ahora la ciudad estaba cada vez más cerca y ya no era lo mismo.



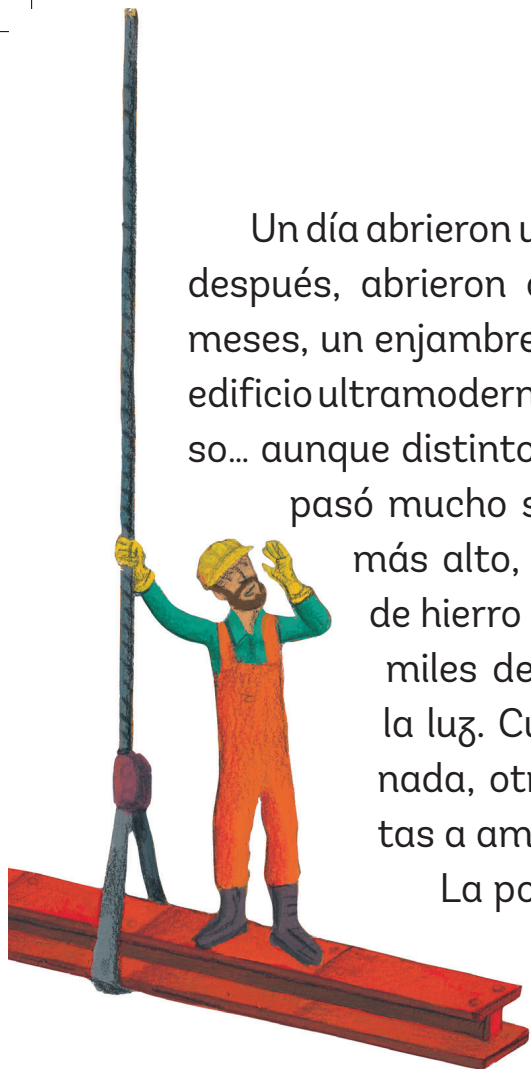
Como estaba abandonada, con el paso del tiempo la pobre casa ofreció pronto un aspecto muy distinto al de sus mejores días. El polvo se apoderó de su interior, el pozo dejó de dar agua y los niños de la vecindad destrozaron sus cristales y reventaron sus puertas. Hasta las paredes perdieron su primitivo color y algunas se descascararon.



Una gradual ruina, producida por la contaminación y la degradación del ambiente, fue envolviendo la que en otro tiempo fue una auténtica joya. Cuando la ciudad llegó hasta ella, todos la ignoraron.

Y cuando fue engullida, se convirtió en un estorbo.

La casa vieja tenía su corazón de madera y piedra tan triste que apenas se atrevía a decir nada.



Un día abrieron una calle por detrás de ella. No mucho después, abrieron otra por delante. Al cabo de unos meses, un enjambre de albañiles empezó a construir un edificio ultramoderno, elegante, verdaderamente hermoso... aunque distinto de cuantos pudiera imaginarse. No

pasó mucho sin que otro se levantara a su lado, más alto, más avanzado, con una estructura de hierro y cemento, muy pronto cubierta por miles de ventanas brillantes que reflejaban la luz. Cuando la construcción quedó terminada, otras dos calles habían sido ya abiertas a ambos lados de la vieja casa.

La pobre... estaba cercada.

En unos pocos años, los altos edificios le habían robado el sol y ella era sólo la minúscula porción de un pasado.